

Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada*

Roberto Fernández Retamar

Cuando **no podía pensar que la vida iba a regalarme la felicidad de conocer en persona a Ezequiel Martínez Estrada y de aprender en lo inmediato de él, realicé casi simultáneamente entre las lecturas de mi adolescencia dos de gran impacto.** Una, la de su *Panorama de las literaturas* (1946), y en ese *Panorama* **las líneas en** que don Ezequiel no sólo llama a Martí «la figura más grande de Iberoamérica como escritor», sino que añade refiriéndose a él: «Hoy **no tenemos, en el desconcierto y el escándalo mental y moral de Iberoamérica, otro faro que mejor nos guíe**». Como leí lo anterior a finales de los años 40, supongo que es difícil, casi medio siglo y tantas cosas después, **imaginar lo que ello significó para un muchacho que vivía en un país humillado y ofendido, y se abrazaba a la poesía y en especial a la sombra iluminada de Martí como áncoras de salvación. Esas palabras, al igual que otras de Darío, Unamuno o Gabriela (yo ignoraba aún las de Sarmiento, Juan Ramón o**

Reyes), me confirmaron en que la esperanza y el orgullo que significaba para nosotros Martí no eran ilusorios. Llamo la atención, de paso, sobre cómo, contrariamente a lo que algunos apresurados han dicho, la última entrega de Martínez Estrada, su acercamiento ígneo a Martí y a su causa, estaban prefigurados ya entonces.

La otra lectura fue la de una polémica que tuvo amplia resonancia entre nosotros: la que en 1949 mantuvieron Jorge Mañach, quien había sido una de las cabezas de la *Revista de Avance*, y José Lezama Lima, codirector y alma de *Orígenes*. Quejoso el primero de la falta de reconocimiento a quienes habían impulsado su publicación vanguardista, que manifestaban los entonces jóvenes de *Orígenes*, Lezama le replicó, con la aspereza frecuente en los roces generacionales, **que ellos no veían figuras imantadoras entre aquéllos: «No era», dijo Lezama, «como en México, con el caso ejemplar de Alfonso Reyes, o en la Argentina, con**

Martínez Estrada o Borges, donde la gente más bisoña se encontraba, cualquiera que fuese la valoración final de sus obras, con decisiones y ejemplos rendidos al fervor de una «Obra». Por el señorío que tenía ya en nuestra cultura Lezama, sobre todo entre quienes nos considerábamos poetas, no me parece extraño que Reyes, Martínez Estrada y Borges se me convirtieran en maestros cuyas lecciones iban a acompañarme el resto de mi vida.

Ciñéndome a Martínez Estrada, ¿qué conocía yo de su obra antes de encontrarlo personalmente, a principios de 1960? Sus versos, que llevaron a Borges a considerarlo el primer poeta contemporáneo argentino; varios de sus grandes libros ensayísticos, los cuales tanto significaron para mi *paideia*; algunos de sus cuentos y de sus piezas de francotirador; hasta había leído *Tres dramas* (1957) suyos que me pidió comentar la *Revista Hispánica Moderna*, donde yo solía colaborar, lo que al cabo no hice, quizá porque no me satisficieron del todo, quizá porque ya había sido ganado por la vorágine histórica. Tal vorágine sobrevino como un trueno al romper 1959, y no sólo iba a alterar mi vida, sino también, y es lo que interesa ahora, la de Martínez Estrada, quien tenía entonces sesenta y tres años, al lado de mis veintiocho. Aquel 1959 se fundó en Cuba, entre tantas cosas, la *Nueva*

Revista Cubana, cuya dirección pasó de las manos de mi fraterno Cintio Vitier, quien después asumió una responsabilidad en la Universidad Central de Las Villas, a las mías. En calidad de director de esa revista escribí a Martínez Estrada, y recibí de él una respuesta fechada en Viena el 29 de julio de 1959, la cual iniciaría una cálida correspondencia sólo interrumpida por su muerte, y una relación personal que me alimentó como pocas.

Voy a enumerar algunos de los hechos visibles de esa relación. Lo invité en 1959 a venir a Cuba, lo que al cabo hizo en 1960, cuando obtuvo el premio de la Casa de las Américas, inicialmente por unos días, y luego por dos años, para trabajar con la legendaria Haydee Santamaría en esta institución que lo había premiado, y de la que yo mismo formarí parte después de la muerte de aquél, con lo mucho que me hubiera satisfecho colaborar con él aquí, como ambos deseábamos y el azar no permitió. Saludé su llegada a Cuba con un artículo entusiasmado. Publiqué colaboraciones tuyas no sólo en la *Nueva Revista Cubana*, sino luego en *Unión*. Cuidé (es un decir) y presenté su libro *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana* (1963). Cuando, enfermo, decidió regresar a la Argentina en noviembre de 1962, lo despedí con un poema hecho a su manera. Me hizo su albacea en

Cuba, en diciembre de 1963. A raíz **de su muerte, a principios de noviembre de 1964, le dediqué textos en verso y prosa publicados en Cuba y México. En diciembre de ese año, la revista *Casa de las Américas*, que yo ni sospechaba que iba a empezar a dirigir tres meses después, anunció en una nota: «La Casa de las Américas editará próximamente *El mundo de Martínez Estrada*, un estudio de Roberto Fernández Retamar sobre el ámbito del escritor, como homenaje a quien defendió con tenacidad y valor la causa de Cuba».** Algo de tal estudio, cuyo título aludía claramente al de uno de los libros más bellos de don Ezequiel, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951), lo habría de incluir al año siguiente, con el nombre «Razón de homenaje», en el número 33 de *Casa de las Américas*, que consagré a su memoria en el primer aniversario de su tránsito. A principios de ese año 1965 había aparecido mi ensayo «Martí en su (tercer) mundo», que escribí entre 1963 y 1964, en vida pues de don Ezequiel, y dediqué a él y a Manuel Pedro González. Cuando se lo di a conocer al Che, le dije que era un acercamiento influido por Martínez Estrada. Después de leerlo, el Che (que me consta que admiraba mucho a su gran compatriota) me comentó que le parecía más influido por Fanon. Creo que ambos teníamos razón, porque en

sus años cubanos, como se ponía de manifiesto en su conversa, don Ezequiel estaba más cerca en no pocos puntos de *Los condenados de la Tierra* que de su propia *Radiografía*. Mi siguiente texto sobre Martínez Estrada, el prólogo al primer tomo de su *Martí revolucionario*, por razones que explicaré luego, lo escribí de prisa a finales de 1966.

Es sobradamente conocido que en demasiados lugares se ha tendido por unos a evaporar el último lustro de Ezequiel Martínez Estrada, y por otros (que a veces son los mismos) a considerar lo que él hizo en esos años como un mero capricho de viejo o un barniz destinado a cubrir posiciones anteriores real o supuestamente incompatibles con las nuevas. Ambas conductas, lamentables, demuestran, entre otras cosas, desconocimiento verdadero de su obra, o simple aplicación a ella de budineras de diverso signo, pero de común oquedad. Por escasa que sea la información de un intelectual corriente, es facilísimo enumerar a autores que había leído Martínez Estrada al escribir *Radiografía de la pampá*. Eran los que se leían por entonces, como años después se leería a otros y luego a otros. ¿No se ha llegado hasta al imperdonable Fukuyama?

Ello es o necesario o inevitable, como ver las películas, tararear las canciones o usar los giros idiomáticos propios de una época, pero no interesa demasiado. Lo que interesa es lo que se hace con (o contra) esas lecturas. ¿Habrá que repetir otra vez que Valéry decía que el león está hecho de cordero asimilado? A partir de lo leído por un autor, ¿quién podría garantizar la calidad, el sesgo y hasta la existencia misma de las obras de ese autor? Lo dicho, por supuesto, no implica negar valor a cualesquiera críticas, así fueran rudas, que hayan podido hacerse a obras de Martínez Estrada (pienso, para sólo mencionar dos ejemplos atendibles, en páginas, tan distintas, de Fermín Chávez o Beatriz Sarlo). No poco de lo que él escribió, debido a su diversidad y a su compleja evolución, fue criticado por el propio autor, sobre quien es inaceptable toda forma de beatería. Debe recordarse, sin embargo, que no tomar en cuenta aquella compleja evolución y ni qué decir ignorar su capítulo final, y pretender, no obstante, encasillarlo para siempre en una de las varias posturas que asumió valerosamente (con mayor o menor razón), equivale, en negativo, a otra forma de beatería, aunque se valga de palabras altisonantes de una u otra jerga, o de términos de moda, es decir, de los más volanderos que existen y que tanto atraen a los cambiacasacas. Se ha

querido desmitificar a Martínez Estrada, cosa saludable y nada extraña. Incluso un estudioso tan serio de su obra como Peter G. Earle afirmó que el propio «Martínez Estrada se esforzó siempre por desmitificar la historia y la literatura argentinas», y obviamente él pertenece a esa historia, a esa literatura. A mí también me atrae desmitificar. Sin excluir hacerlo con respecto a superficiales e inútiles desmitificadores.

Escuchemos a un hombre en cambio desmitificador y esencial hablándonos no ya del Martínez Estrada que tuve más cerca, sino del otro, el de sus primeros grandes ensayos; escuchemos a Julio Cortázar, quien en 1980 escribió en el No. 121 de Casa de las Américas:

Allá en el Buenos Aires de los años 40, los jóvenes de mi generación y de mis gustos descubrieron pronto a Ezequiel Martínez Estrada. La Radiografía de la pampa, seguido por La cabeza de Goliath, nos trajeron una visión de Argentina que era sobre todo una visión argentina capaz de prescindir en gran parte de las influencias filosóficas europeas que en esos años se hacían sentir de una manera casi siempre excesiva, se trataba de Ortega, de Keyserling, de Bergson o de Spengler.

Lo anterior apunta a la autenticidad que caracterizó siempre a Martínez Estrada: autenticidad que no fue estática. En 1992, en uno de los mejores libros que conozco sobre él

(Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación del *Martín Fierro*), Lilitiana Weinberg de Magis dijo:

Martínez Estrada supera la posición elitista de sus orígenes y abre nuevas indagaciones sobre el problema de la cultura. ¿Cómo explicar, si no, el hondo contraste entre el ensayo más temprano suyo que se conoce hasta este momento, «Lo vulgar», de 1916, y su obra tardía, premiada en Cuba, Análisis funcional de la cultura, de 1960 [se dice por error 1964]? ¿Cómo explicar que al final de sus días Martínez Estrada asuma una posición latinoamericanista y se convierta en uno de los primeros intelectuales en apoyar ampliamente la Revolución Cubana? Esto nos lleva a proponer que se revise el concepto remanido sobre Martínez Estrada como un reaccionario disfrazado de progresista, concepto que desmiente un estudio comparativo de las ideas contenidas en sus obras.

Años antes de esas agudas líneas, otros dos buenos conocedores del maestro argentino, Pedro Orgambide y David Viñas, de una generación más joven que la de Cortázar, habían abordado el asunto. El primero, que le ha dedicado larga atención a Martínez Estrada, afirmó en el número de Casa que acabo de citar: «en su insobornable actitud frente a la oligarquía, que no pudo mediatizarlo ni con la prebenda, ni con el elogio, ni con el silencio cómplice [...], don

Ezequiel, maduro de inteligencia y sufrimiento, abrazó la causa y la defensa de la Revolución Cubana». Y en 1982, desde las páginas de *Cuadernos Americanos*, volvió sobre el tema Viñas, vocero mayor de lo que él mismo llamó allí la «izquierda martinezestradista», emergida hacia mediados de la década del 50. Para Viñas:

Si Martínez Estrada empieza como liberal, concluye optando categóricamente por la izquierda; [...] si sus trabajos iniciales se inscriben en medio del espectro de la cultura predominante, de manera paulatina, pero con vehemencia se fue desplazando hacia márgenes cada vez más radicales e inconformistas hasta incurrir en la exclusión -autoexclusión al comienzo- respecto del establishment.

Ese don Ezequiel que ha *superado* (en sentido hegeliano, es decir, creciendo, cambiando, y conservando lo vivo) sus caracteres originarios; el hacedor de una poesía que se transfiguró en ensayos y cuentos intensos; el autor de panfletos, catilinarias, exhortaciones, pedradas y mensajes, es quien, correspondiendo para mi alegría y mi orgullo a invitación que le cursara, decide unir su vida a la causa tan antigua y tan nueva de la revolución de Cuba, a sus esperanzas, labores, dificultades, caídas y riesgos, frente a los cuales no fue nunca ni neutral ni aquiescente.

En el propio 1959 inicia Martínez Estrada lo que Angel Rama iba a llamar «el ciclo cubano de su creación intelectual». Si no estoy equivocado, la primera manifestación de ese ciclo es el texto que a solicitud mía me envía desde México, con carta del 13 de noviembre de ese año, y que, titulado «El Deus ex machina», apareció en la *Nueva Revista Cubana*. Le **seguirán numerosísimas páginas**, la mayor parte de las cuales han sido publicadas, y cuyos títulos se recogen en bibliografías como las que en 1968 dieran a conocer Carlos Adam e **Israel Echevarría**. No voy pues a enumerar lo que cualquiera puede consultar en dichos índices y en otros. Me limitaré a aludir a unas pocas obras: la ya nombrada *En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana*, los mordaces comentarios a caricaturas de Siné con prólogo de Lisandro Otero que se llamaron *El verdadero cuento del Tío Sam* (1963), *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba* (1963: sobretiro de *Cuadernos Americanos*), un estudio de la poesía de Nicolás Guillén (1966), y esencialmente la tarea de mayor envergadura que acometió entonces y quizá en toda su vida: su monumental estudio sobre *Martí revolucionario*, al que volveré. Dos libros se encuentran en el linde entre su etapa anterior y ésta: *Análisis funcional de la cultura*, que aunque premiado en Cuba a princi-

pios de 1960 parece concebido antes de la experiencia revolucionaria de ésta; y *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, publicado en México en 1962 y que, **por el contrario, supone dicha experiencia: no en balde nació de un curso ofrecido en aquel país después de la victoria de 1959.**'(Su gran libro sobre Balzac, que vio la luz en 1964, es de factura sin duda anterior).

No obstante su carácter **circunstancial y lo irregular de sus páginas**, que lo hacen un verdadero *collage*, **no sería imposible que el título que mejor caracterice la última etapa de la producción intelectual de Martínez Estrada sean En Cuba y al servicio de la Revolución Cubana**, que **bien podría dar nombre a la etapa toda**. Hay en ese manojito fermental, **polémicas feroces, propias de quien está defendiendo con uñas y dientes una causa, aunque imperfecta, anhelada a sabiendas o no toda la vida, y amenazadas por quienes no perdonan su osadía. Tal osadía consiste en haber añadido otro capítulo a la lucha anticolonial que empezó a ser exitosa en el llamado Nuevo Mundo cuando en 1776 las Trece Colonias iniciaron su guerra revolucionaria; y al ocurrir el nuevo capítulo casi dos siglos más tarde, contar desde luego con ideas más recientes: por ejemplo, las de los «nuevos abolicionistas», de que habló Martí, «los que quieren abolir la propiedad privada**

en los bienes de naturaleza pública». Por desgracia, de aquella hermosa guerra libertadora surgió una nación esclavista primero e imperialista después, de la que ya en 1829 (a seis años de haber sido descerrajada la Doctrina Monroe) dijo Bolívar: «Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad». Hay también en aquel libro de don Ezequiel mensajes y cartas, entrevistas e imágenes de héroes (una de ellas inolvidable, escrita al calor de la presencia: «Che Guevara, capitán del pueblo»). Y hay dos textos sobre los que me detendré más tarde: «Martí revolucionario» y «Por una alta cultura popular y socialista cubana».

Ambrosio Fornet, a quien debemos denominaciones como «literatura de campaña» y «quinquenio gris», escribió en 1965:

La mayoría de los libros sobre la Revolución, aun los escritos con honestidad l...l, hacen sonreír al lector cubano que ha vivido la revolución y se ha desarrollado con ella. Generalizan. Un hecho aislado se convierte de pronto en la clave de una tesis. Fracasas al interpretar la realidad porque la mistifican al sustituir, por desconocimiento o simplificación de hechos concretos, una parte de la realidad por ideas preconcebidas que encajarían en cualquier situación revolucionaria.// Don Ezequiel Martínez Estrada ha

sido el único intelectual extranjero que ha escrito sobre la Revolución como lo podía haber hecho un cubano: fragmentariamente, a manotazos, comprometido con ella hasta la médula, con furia y esperanza, un poco perplejo ante su complejidad, estimulado y abrumado al mismo tiempo por la responsabilidad que significa erigirse en su ideólogo. [...] A pesar de los temas y su alcance, uno percibe en seguida que don Ezequiel escribió este libro con humildad. En lugar de tomar la revolución como pretexto para ilustrar una tesis, empezó por poner a prueba sus ideas a la luz de la práctica revolucionaria. Fue una experiencia violenta y auténtica. A los sesenta y cinco años, un intelectual decide renunciar a todo un repertorio de ideas enmohecidas, que la práctica denunciaba como ineficaces, y tiene la audacia de situarse ante la realidad como si todo empezara de nuevo y no hubiera más remedio que acertar

A esos caracteres del Martínez Estrada de su última etapa quisiera añadir otros. Comenzaré por lo que, en expresión ya clásica, Fernand Braudel (quien, por cierto, tuvo palabras comprensivas para Martínez Estrada) llamó *la longue durée*. Como consecuencia entre otras cosas de su enorme información general y en particular sobre nuestra América, don Ezequiel, a la vez que afronta el hecho concreto **con la especificidad** y valor que requiere, lo sitúa en la única perspectiva que lo

hace plenamente comprensible: la larga duración. Así, cuando a mediados de 1960 Cuba logra conjurar otra de las incontables maniobras diplomáticas estadounidenses contra ella, Martínez Estrada me escribe a París, en carta de 26 de agosto de ese año: «Estamos tranquilos, pues, hasta nuevas maquinaciones y celadas. Pues la otra vez, ¿no esperaron ochenta y ocho años para darle el zarpazo a Cuba y noventa y tres para la dentellada a Panamá?».

Alguna vez, la larga duración adquiere rasgos espectaculares. Como cuando en 1963, desarrollando una idea que le había comunicado Silva Herzog, y en la que se siente resonar la férvida imaginación de sus amigos Henríquez Ureña y Reyes, Martínez Estrada compara, hasta la incandescencia, la isla de Utopía soñada en buena hora por Moro, con la aciclonada isla caribeña que es la Cuba revolucionaria de clara orientación martiana. Por cierto que, en contraste con quienes se alebrestaron entonces, y qué decir ahora, cuando la revolución vuelta a encender el 26 de julio de 1953 asumió carácter socialista, incluso marxista-leninista (pido excusas a los posamigos por el término entre brusco y arcaizante), Martínez Estrada se limitó a comentar el hecho en esas páginas suyas diciendo con sarcasmo que equivalía a que se hubiesen implan-

tado el sistema decimal, el transporte aéreo y la penicilina.

En acuerdo con lo apuntado por Fonet, Martínez Estrada es el único de los grandes comentaristas de la revolución triunfante en 1959 no nacidos en Cuba que desde el primer momento asumió en serio y a fondo la filiación martiana de esta revolución, filiación proclamada por Fidel desde el 26 de julio de 1953 y nunca desmentida: ni siquiera en los tristes momentos miméticos, sobre todo los del quinquenio gris, en los 70. Tal asunción es la almendra misma del acercamiento de don Ezequiel a la revolución en Cuba, de cuanto él haría en este orden. ¿No comencé recordando su opinión impresionante sobre Martí expuesta en 1946? Ahora bien, los grandes comentaristas aludidos (y ni qué decir los pequeños e ínfimos), ¿qué sabían, qué saben de Martí? La pregunta no tiene una gota de retórica, pues las respuestas son imprescindibles, y, por desgracia, con harta frecuencia (salvo excepciones como la del noble estadounidense Waldo Frank, cuyo libro sobre Cuba influiría tanto en Cortázar) revelan un vergonzoso vacío o una grotesca caricatura. En cambio el ahondamiento creciente en la obra martiana acometido por Martínez Estrada, el cual no tuvo que esperar a 1959 para saber quién era el héroe de Dos Ríos, da un valor

único a su testimonio sobre la revolución de Cuba. Diré más: es la corona de su obra tan dramática, en búsqueda angustiosa de un sentido **de nuestra historia, nuestra presencia, nuestra trascendencia, que vendría a encontrar, como en nadie, en Martí.**

En unas singulares líneas de los Grundrisse, escribió Marx que la **anatomía del hombre contiene una clave para la anatomía del mono;** que los indicios que anuncian una forma superior sólo pueden comprenderse cuando la forma superior misma es ya conocida. No tengo debilidad por las comparaciones orgánicas en relación con la historia, y sé de sobra (también me leí, entre irritado y encandilado, mi Spengler) a **qué criaturas teratológicas, así parezcan esplendorosas, pueden conducir tales comparaciones. Pero esa idea expuesta** en los *Grundrisse*, tomada *cum grano salis*, es sin duda fértil. Aceptada como hipótesis de trabajo, lejos de llevarnos a **encontrar sobrante o absurda la etapa última** de Martínez Estrada, ayuda a ver que ella echa sobre su obra entera una luz reveladora. Por ejemplo, se esté o no de acuerdo con todo lo que **don Ezequiel planteó en su ensayo** de 1962 «Por una alta cultura popular y socialista cubana» (nacido de una interpretación enérgica y hasta **algo terrorista a veces de ideas marxistas**), ese ensayo permite entender

de modo decisivo lo que apuntara en *Análisis funcional de la cultura* (1960), en *Cuadrante del pampero* (1956) (pienso en sus cuatro primeros trabajos, relativos a la cultura popular, que significativamente concluyen así: «Martí [...] ocupa la cúspide en el periodismo hispanoamericano. Todo en él fue generosidad, campaña de luchador, y finalmente gloria, con su muerte gloriosa por la emancipación de Cuba»), e incluso en lo que parece ser la arrancada de esta línea suya de pensamiento, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, **línea** sobre la que ha escrito Liliana Weinberg:

En 1948, muchos años antes [de] que las ideas de Mijail Bajtin se difundieran en el medio latinoamericano [y en casi todos los demás, añádase], Ezequiel Martínez Estrada intuye, por caminos diversos de la crítica académica, la necesidad de existencia de la cultura popular, de la cultura otra de los grupos marginados del poder central. Desafortunadamente, los prejuicios que impiden estudiar a Martínez Estrada como teórico de la cultura -más aún, que han llevado en buena medida a una verdadera incompreensión de su obra- se han combinado con un cierto descreimiento en el trabajo teórico de los latinoamericanos.

La posibilidad de escribir un libro sobre Martí la había considerado don Ezequiel antes de 1959, a juzgar

por una entrevista previa a esa fecha que le hiciera Dardo Cúneo, a quien confesó: «¿No le parece que ha llegado el momento de que todo lo bueno que se ha escrito [sobre Martí] madure en un libro único, un libro de ciento cincuenta páginas, no más, para que él tenga en América su retrato perfecto?» Acaso pensará en un volumen breve y denso como su *Sarmiento* (1946). Pero lo que entonces no era más que un vago parecer habrá de convertírsele en urgencia creciente al brotar ante sus ojos una auténtica revolución que se proclamaba desde el surgimiento martiana, como tal actuaba, y por añadidura tenía lugar en la tierra donde había nacido y donde había muerto, peleando por nuestra América toda y por la dignidad plena del hombre, el propio Martí, considerado por don Ezequiel desde los años 40 el «faro que mejor nos guíe». Así, formando parte de las páginas arremolinadas en que Martínez Estrada defiende con furia y esperanza una revolución que tantos hombres y mujeres del mundo asumirán como propia; una revolución entre cuyas cabezas y cuyos corazones estaba el «capitán del pueblo» Cheo Guevara, aparecerá a principios de 1961 un ensayo llamado a convertirse, si es que no fue pensado desde el primer momento con ese fin, en el núcleo de aquel libro de que hablara a Cúneo, pero ahora a una nueva luz, la de un in-

cendio: «Martí revolucionario». Tal sería el tema, tal el título de la gran obra a la que le consagraría lo esencial de cuanto le quedaba de vida. He comentado aspectos de esa obra en otras oportunidades. Me limitaré ahora a señalar varias cuestiones incluso algunas veces exteriores, pero de imprescindible conocimiento.

La primera de esas cuestiones es que tal obra ha quedado inconclusa en más de un sentido, como explicaré. Además, por circunstancias azarosas, los dos tomos publicados, de los tres finalmente previstos, no aparecieron en el orden cronológico que les correspondía. El primero, editado por la Casa de las Américas, debió haber salido antes de empezar yo a trabajar aquí en marzo de 1965. Estaba en pruebas de planas, y esperaba sólo por el prólogo que había prometido Raúl Roa, chispeante y heterodoxo como el mismo don Ezequiel. Pero si su responsabilidad como ajetreado canciller de la República lo privaba del tiempo para hacerlo, su condición de admirador y amigo de Martínez Estrada le impedía resignarse a ello. Mientras tanto, don Ezequiel, tan irritable, tomaba a descuido la no aparición del tomo, e incluso llegó a enviarle a su fraterno Arnaldo Orfila, director de la Editorial Siglo XXI, en México, los materiales del tercer tomo. Desgraciadamente, murió sin que ninguno de los dos hubiera visto la luz. Pero al sa-

ber Haydee Santamaría, a través del propio Orfila, que estaba avanzada la impresión del último, me pidió encargarme con urgencia del prólogo, que visiblemente Roa no podría realizar. Lo hice a la diabla, y, sin haber tenido tiempo sino para hojear a toda prisa el grueso libro (del que sólo conocía algunas partes que se anticiparon), lo que no evitó que el tomo mexicano saliera antes. Los desaguisados editoriales, sin embargo, estaban lejos de terminar con el ya inevitable desorden cronológico. Para no insistir en las erratas y en la ausencia de bibliografía, el tomo cubano (enero de 1967) lleva en la portada el título de la obra toda (*Martí revolucionario*), y sólo en el interior el verdadero título de ese tomo: *Primera parte. La personalidad: el hombre*; mientras el tomo mexicano (septiembre de 1966) lleva en la portada el nombre que le corresponde (*Martí: el héroe y su acción revolucionaria*), pero sólo en el «Prefacio» el lector viene a saber que se trata de «la tercera y última parte de la obra que lleva el título general de *Martí*. [sic] *revolucionario*».

Como si lo anterior fuera poco, el caso del segundo tomo casi pertenece al dominio de lo detectivesco. Martínez Estrada me aseguró en carta de 6 de enero de 1964 su existencia y aun su título: nada menos que *La doctrina social y política: el Apóstol*: y después de vacilar en

cuanto al número de tomos, añadió por último, en carta de 25 de junio de 1964 a Vicentina Antuña, de la que me envió copia: «Falta dactilografiar un capítulo de la Segunda Parte» (lo que desde luego implicaba que el resto, casi todo, ya estaba dactilografiado) «y la Tercera está totalmente mecanografiada. Ambas han resultado demasiado extensas para ir en un volumen. ¿Qué hacer? Tendrán que ser tres». En el número 295 de la revista *Sur* (julio-agosto de 1965), aparecieron «Dos capítulos inéditos sobre Martí» de Martínez Estrada: «La libertad» y «El sindicalismo». ¿Corresponden a dicho segundo volumen? Así lo asegura, ya que no la revista, Carlos Adam en la página 60 de su *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*, en cuya página 131, al enumerar el «Material inédito» de éste, al que parece haber tenido acceso, menciona además taxativamente: «Martí. Ha. parte». Pero sobre ese segundo volumen, con vistas a editarlo por la Casa de las Américas, le escribí Haydee Santamaría a Bernardo Canal Feijoo en 1965, y entre 1968 y 1973 lo hice yo, en repetidas ocasiones, a Enrique Espinoza, entrañable albacea de don Ezequiel, y a su viuda Agustina, siempre con resultados negativos, a pesar de las cordiales respuestas, que en el caso de Agustina fueron además cariñosas dada la índole de nuestras relaciones.

Sin embargo, ni siquiera con el hallazgo conjetural (y ya improbable) de ese segundo volumen terminarían las vicisitudes de la obra de la que en carta de 20 de marzo de 1964 me escribió don Ezequiel que era lo mejor «en calidad y en fervor» que él había producido, llamándome a continuación: «Querido amigo Roberto, hijo mío» (lo que hace pocos años ha recordado, situándome en la mejor compañía y conmoviéndome, León Sigal). Quizá por ello siempre me he sentido particularmente responsabilizado con la suerte de ese empeño último del maestro argentino, quien se había propuesto allí esa «forma superior» desde la cual se avizora la figura cabal de todo su trabajo. Al bracear, como Jacob con el ángel (la imagen es manida, pero insustituible), con el mayor revolucionario político, social y moral de nuestro continente, y al hacerlo mientras ocurrían en él y en otros continentes también expoliados acontecimientos como ven pocos los siglos, se abrieron ante su mirada nuevas verdades.

Martínez Estrada estaba avezado en bucear en criaturas de gran complejidad, al análisis de varias de las cuales consagró incluso libros enteros: con la señalada excepción de Sarmiento, había abordado casi siempre a contemplativos (al igual que él mismo), como Montaigne, Thoreau, Balzac, Nietzsche, Hud-

son, Quiroga, Kafka o Simone Weil. Se hallaba pues lejos de ser un neófito en aquel buceo. Pero debido en gran parte al tenso contrapunto entre la acción y la contemplación en Martí, éste le ofrecía un desafío excepcional: excepcional aun tratándose de Sarmiento, con quien el segundo autor de «Marta Riquelme» comparó a aquél varias veces.

Quizá para atenuar la violencia de aquel contrapunto, en su ensayo «Martí revolucionario», de 1961, don Ezequiel se propuso distanciar a Martí -con vistas a subrayar **su esencial misión transformadora-** de su trabajo de escritor, cuya grandeza había proclamado en 1946, y ahora le parecía «un oficio penoso, aunque fuera una forma indirecta de acción», mera faena de pan ganar: «También Spinoza pulía lentes».

Concluyó así su razonamiento sobre este asunto:

Martí fue sencillamente, por naturaleza, por temperamento, y por inteligencia, un revolucionario en la más cabal acepción del término. Me atrevo a decir: de los más conscientes y perseverantes que conoce la historia. Un revolucionario, «y todo el resto es literatura».

Algunas de las líneas de ese ensayo fueron a parar al tomo primero de su *Martí revolucionario*, cuando su **lugar mejor estaría en el segundo, así como Enrique Espinoza, en carta**

fecha en Santiago de Chile el 12 de marzo de 1968, me comunicó que de este último, con el título «Ex libris», formaría parte el ya mencionado «Por una alta cultura popular y socialista cubana», tan emparentado con el anterior.

Pero sobre todo Martí no requería ser separado de su prodigiosa **escritura para que se destacara su emi-**nencia revolucionaria, la cual fue calibrada con plena justicia por Martínez Estrada, y contribuyó a darle sitio aparte en la galería de grandes espíritus que él amó y entendió hondamente. En el tercer volumen de su obra sobre él, don Ezequiel lo **presentó así:**

Martí no piensa ni trabaja únicamente para Cuba y las Antillas en el momento actual y para cambiar el régimen de vida y de gobierno en ellas, sino que su revolución, siendo fenómeno circunscrito al Caribe, está en la línea y en el proceso de la revolución mundial que en unas u otras formas viene coordinando sus fuerzas para el progreso y elevación de la humanidad. Existe, según Martí, una revolución mundial y eviterna, que se va realizando a través de la historia de las naciones, y existen otras parciales que contribuyen a la otra, a ésta que él intenta.

Que esta suprema condición **revolucionaria martiana no lo amuralló** en lo estrechamente político (como su condición también indudable de

«supremo varón literario» que le reconoció Alfonso Reyes no lo limitó a ser un *homme de lettres*), lo expresó Martínez Estrada en el «Prefacio» de aquel tercer/primer tomo (en realidad de toda la obra *Martí revolucionario*), donde confesó:

Puedo decir que Martí se me reveló por sí mismo en su dimensión universal de mito, quiero decir de existencia paradigmática que condensa y depura las virtudes inherentes a la condición humana. [...] él representa al hombre en su plenitud y totalidad, al hombre en sus atributos esencialmente humanos. Como ya se dijo de él con acierto, es el Hombre por antonomasia.

Y a su vez lo anterior no fue óbice para que más adelante diera a conocer su duda (por decir mejor, su esperanza) de que «pueda servir mi obra completa sobre Martí de punto **de partida para una investigación de fondo** de los problemas fundamentales que son comunes a los países colonizados y a los hombres que en ellos han tenido que desempeñar un papel histórico importante».

Apenas es necesario recordar que ese «Prefacio» (fechado «Cuba-Argentina, septiembre 1960-agosto 1964») es coetáneo y en cierta forma gemelo del fundamental «Prólogo [nada] inútil» a su *Antología* que en 1964 apareciera en México, y en que Martínez Estrada hace una valiosísi-

ma revisión testamentaria de su anterior obra de pensamiento, reconociéndose, a partir de lo que aprendiera en sus años últimos sobre todo en Cuba, vocero de esos países colonizados, los pobres y condenados de la Tierra, cuya alma mayor es entre nosotros, y quizá en todas partes, José Martí.

Ahora bien, para la gigantesca tarea que se había impuesto Martínez Estrada, ya no le bastaban las fuerzas físicas, ni le eran suficientes los procedimientos artesanales con que el autodidacta había trabajado (muchas veces lo vi en su taller más de zapatero anarquista que de Fausto del siglo XX), ni probablemente tampoco le bastaban las fuerzas psíquicas. En una temprana carta suya fechada en Huexotzingo el 19 de septiembre de 1959, me había escrito: «Como ni mi cuerpo ni mi salud tienen nada que ver conmigo...» Al cabo, según era inevitable, tuvieron que ver, y el precio fue alto. Cualquier bachiller sabichoso puede señalar en los tomos aparecidos de su *Martí revolucionario* errores elementales que otro bachiller, informado y de buena voluntad, hubiera podido aliviar. Y ello, al lado de visiones e intuiciones de primer orden (y ciertamente de extrañas y hasta caprichosas opiniones que no siempre eran imputables a la edad o la mala salud, sino a su idiosincrasia rebelde: no por gusto Earle dijo que

«la rebelión», nada inútil, fue «su mayor estímulo»). Al señalar algunos de aquellos errores en el primer tomo de su obra, y también **algunas** de sus centelleantes visiones e intuiciones, Vitier, **en una** nota que no excluyó la polémica cordial, **añadió:** «Da vergüenza, después de leer tales asaltos a lo indecible, detenerse a señalar fallas de información o lapsus mentales, productos del pésimo estado de salud en que fue escrito este libro dominado por el prodigio». Aún inmerso en su cuasidelirio posterior, don Ezequiel tenía conciencia de tales manchas en su sol. En la mencionada carta de 20 de marzo de 1964 me escribió: «Habrà que corregir prolijamente, con mi original en la mano, y por alguien que conozca nombres, fechas, títulos, etc. Me horrorizan las erratas de ignorancia (más que las de incuria)». Esa petición, llena de sensatez y humildad particularmente agradecibles en él, no fue atendida, y las consecuencias lógicas de ello están a la vista.

Por último, el implacable *daimon* que no le daba tregua había hecho de su obra cupular una empresa tantállica a la que no es ajena la huella de Kafka. Leyendo sus últimas cartas agónicas, se tiene la impresión de que don Ezequiel estaba embarcado no tanto en hacer un libro como una de esas vastas construcciones, murallas o templos, que parecen **interminables**, pasan de una **a otra genera-**

ción y hasta **de una a otra** época, y al **final son obra de nadie**, porque lo son de todos, o quedan abandonadas sobre **la tierra como signos ya indecifrables**. Martínez Estrada, conocedor y sentidor **desde dentro de las dificultades a veces abrumadoras y las respuestas a veces desesperadas**, que habrían de multiplicarse, de un pequeño pueblo **real (no mitológico, aunque también la mitología permite leer la realidad)**, **acosado en su isla**, como se diría **en inglés**, *between the devil and the deep blue sea*, se encontró en **el centro de ese** pueblo, **como su raíz, su escudo y su flor**, a **un hombre que era**, según proclamó, el Hombre **por autonomasia. ¿Y cómo concluir un libro sobre éste?**

Naturalmente, **no pudo hacerlo, pues a ningún hombre le es dado realizar el retrato** del hombre. Pero al bosque de **papeles que** nos dejó como cimientos, **muros, rampas**, bloques aún **sin cortar** y hasta **andamios de esa** suerte de zigurat desde cuya altura **se vislumbran nuestro mundo tan** adolorido y **nuestra tan** difícil esperanza, tenemos el deber de ordenarlo, cuidarlo y publicarlo **siguiendo** sus advertencias. Será tarea de muchos, como de muchos fue **la acertada edición** que de su fundadora *Radiografía de la pampa* hiciera la Colección Archivos. Será **tarea de gentes** diversas, **no de una secta ni de una capilla: gentes venidas de los cuatro puntos cardinales**, convo-

cadas por una de esas hermosas tareas comunes de las que tan necesitado está nuestro pobre planeta.

Al cumplirse **a finales** de 1965 el **primer aniversario** de su muerte, **dos revistas** le dedicaron **sendos números** monográficos **con el mismo título**, *Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada: Sur*, en **Buenos Aires**, y *Casa de las Américas*, en La Habana. ¿Qué decir hoy de tales **entregas, hechas con admiración y cariño**, y **de ninguna de cuyas páginas hay que sonrojarse**, aunque marcharan por **sendas distintas? Fueron como el puerto de salida y el puerto de llegada de un ser humano maravilloso**. También podría decirse **que fueron como dos barcos que se cruzaran en la noche casi sin intercambiarse esas luces que tanto requieren los amorosos separados más por la tristeza que por el espacio**. El «casi» se lo agradecemos a **nuestra Rosa roja, María Rosa Oliver, tan querida en ambos navíos**, y que, formando **parte del Comité de Colaboración de Sur**, publicó en el homenaje de *Casa de las Américas*, **mientras en aquella se comentaba elogiosamente el primer volumen de su límpida autobiografía**, donde **habla de su infancia de niña rica que sufrió con coraje la en-**

fermedad y ejerció la activa compasión; y a Enrique Anderson Imbert, quien envió *el mismo trabajo* a las dos revistas, las cuales lo acogieron gustosas. En «Cortina de alas», el editorial de aquel número de su inolvidable *Sur*, Victoria Ocampo (quien no interrumpió nunca su bella y honda relación con don Ezequiel) soñó con que se hiciera en el Palermo bonaerense un santuario de pájaros, en memoria de Hudson y de Martínez Estrada; en el editorial que, por mi parte, escribí para aquella entrega de *Casa*, vinculé «al nombre de un sabio, Ezequiel Martínez Estrada, el de un héroe, Ernesto Che Guevara [...] el pensamiento que se quería acción, la acción que arde en pensamiento».

En este 1995, a un siglo de la muerte de Martí y del nacimiento de

Martínez Estrada, su lúcido y alucinado exégeta, se cumplen treinta años de aquellos homenajes. Confío en que colaboraremos a que se produzca la fusión de lo mejor que ambas revistas celebraban; y se haga posible, como en algunos grandes mitos, restañar los pedazos de aquel ser capaz de conversar con pájaros y con tempestades: tempestades a que se arrojan (dicen) gaviotas embriagadas de un extraño júbilo, como si fueran la escritura que un lejano día venturoso la humanidad debe descifrar, y que quizá proclame lo que un poema llamado «Ezequiel Martínez Estrada», cuyo autor habló allí de respetar en todo «al Dios desconocido / bajo las tres hipóstasis de Bello, Bueno y Cierto».

* Una versión anterior de este texto fue leída en Bahía Blanca, Argentina, el 15 de septiembre de 1993, como conferencia inaugural del Primer Congreso Internacional sobre Ezequiel Martínez Estrada, organizado con motivo del sexagésimo aniversario de *Radiografía de la pampa*. Y la actual, el primero de noviembre de 1995, en la Casa de las Américas, al conmemorarse el centenario del nacimiento de Martínez Estrada.